que sea aquella entregada al saqueo, y el otro que se haga reparto igual de sus riquezas. Aprovechando la acalorada contienda ármanles los sitiados secreta celada: miéntras las amadas esposas y los tiernos hijos velan por la seguridad de los muros donde se hallan reunidos con los ancianos agobiados por el peso de la edad, salen de la ciudad los hombres más vigorosos con precipitado paso. A su cabeza van Ares y Atena, los dos hechos de oro y cubiertos de brillante vestimenta; como conviene á deidades distínguense de todos por su belleza, por su elevada estatura y por sus armas. Llegada la cohorte cubierta de hierro al sitio de la emboscada, ocultóse en las márgenes de un rio adonde iba á abrevarse el ganado de la enemiga hueste; dos guerreros, sentados en un otero, atalayaban el campo para dar aviso al divisar las blancas ovejas y los bueyes de corva cornamenta. A poco avanzan los rebaños seguidos de dos pastores que, sin sospechar el peligro, alegraban los ecos con los sonidos de sus zampoñas; en un instante son rodeados, despojados de sus reses y pasados á cuchillo.

»Al oir el tumulto que esto produjo, los guerreros de su bando que estaban reunidos en consejo, se lanzan sobre sus carros, y excitando á los veloces corceles, dan en pocos instantes alcance al enemigo. Empéñase en la ribera del rio mortífera pelea; por entre los combatientes corren la Discordia, el Tumulto y la Parca fatal... y habríase dicho que guerreros y divinidades respiraban y tenían movimiento y vida.

»Graba ademas un campo de una tierra pingüe y blanda en el que varios labradores pasan por tercera vez el arado. Al llegar al confin del barbecho, adelántase hacia ellos un hombre teniendo en la mano una copa llena de vino generoso; bébenlo, y alentados por el licor, abren nuevos surcos, apresurándose á llegar otra vez al extremo del campo. Oro era la materia de que estaban formados, y á tanto llegaba la habilidad del divino artífice que detras de ellas veíase más negra la tierra, como sucede en la que recibe el impulso de la reja.

»Otro campo grabó tambien cubierto de lozanas mieses; armados los segadores con la cortante hoz siegan las espigas que caen rápidamente en montones á lo largo de los surcos; á sus espaldas otros trabajadores van formando las gavillas con las espigas que algunos muchachos recogen y les presentan, y en medio de todos el rey de la tierra, empuñando silencioso el cetro, experimenta en lo más íntimo del corazon suave alegría. En tanto los heraldos disponen campestre festín á la sombra de majestuosa encina, y cuecen la carne de robusto toro recien inmolado. Las mujeres, con la esplendente flor de la harina, preparan la comida de los segadores.

»Representó tambien una hermosa viña agobiada bajo el peso de las uvas, aunque la sostienen rodrigones de plata simétricamente colocados; el foso que la rodea es de un metal de color oscuro, la cerca de estaño blanquecino. Por estrecho sendero, lleno de vendimiadores, retozona juventud de uno y otro sexo lleva en cestos con arte trenzados el fruto igual por su dulzura á la miel; precédela un mozo que arranca melodiosos acentos de sonora cítara, cuyas cuerdas forman suave armonía con su voz dulcísima. El alegre grupo responde á sus endechas con cantos y gritos de gozo, y le sigue caminando á compas.

»En otro lado grabó un hato de bueyes de levantada cornamenta; son de oro unos, otros de un metal oscuro, y mugiendo se precipitan todos fuera de la tinada hacia el deseado pasto, por la ribera de impetuoso rio, en cuyas márgenes crecen ondulantes cañas. Cuatro pastores, fabricados de oro, guían el ganado, secundados por nueve canes diligentes, cuando dos formidables leones arrebatan á la cabeza de las novillas el toro, el cual rompe en terribles bramidos, más prolongados y angustiosos á proporcion que se vé arrastrado léjos de sus compañeros. Siguenlo canes y pastores para librarle del peligro; pero los leones despedazan la enorme presa y se sacian en sus entrañas y negruzca sangre; en vano los zagales excitan á los perros; éstos, no atreviéndose á acometer á los feroces animales, se mantienen de ellos distantes y se contentan con ladrar sin dirigirles más insulto.

»Junto á esta escena colocó Hefestos un risueño valle donde pace numeroso rebaño de blancos carneros, viéndose por todos lados rediles, cabañas y floridos sotos.

»Adornó el escudo con el cuadro de una danza semejante á la que en Creta inventó Dédalo para la amable Ariadna. Dos parejas bailan cogidas de la mano; las jóvenes van vestidas de suave y ligero lino; llevan los hombres túnicas de más recio tejido, que, teñidas con un aceite precioso, tienen agradable brillo; coronas embellecen á aquellas, llevan éstos espadas de oro colgadas de plateado tahalí. Moviendo veloces sus dóciles piés, ora dan vueltas en círculo, rápidos como la rueda á que la mano del alfarero imprime movimiento á su capricho, ora se confunden y corren para formar diferentes y complicadas figuras. La muchedumbre que las rodea contempla embelesada la maravillosa danza. En medio del círculo distínguense dos saltadores, los cuales entonan el canto, y se elevan por el aire como dotados de alas.

»Finalmente por la orilla del magnífico escudo, en toda la circunferencia, ruedan las temidas olas del Oceano.

»Concluida que fué la obra inmortal forjó el divino artífice para el héroe una coraza más deslumbrante que el fuego, y un yelmo de rara fortaleza adaptado á su cabeza, embellecido por el cincel con admirable arte y rematado en aurífero penacho. De un metal dúctil y ligero fabricó hermoso coturno, y terminada la armadura toda, elevóla por los aires y entrególa á la madre de Aquiles. Esta más rápida que el buitre, se lanzó al espacio desde las cimas del Olimpo llevando en la mano los preciosos dones.» (Homero).

Así, pues, si á Hefestos negara naturaleza las gracias

exteriores en cambio habíale prodigado el don de la suma habilidad y de las ardientes fraguas del divino artífice salieron famosas obras destinadas á los dioses y á los héroes: su magnificencia, dicen los mitólogos naturalistas, la rica materia de que estaban formados, sus luminosos reflejos imágenes parecen ser de ciertos fenómenos solares. Entre las obras de Hefestos, ademas de las armas de Aquiles ya descritas, citábanse el carro y el palacio del Sol, las corazas de Hércules y de Diomedes, el cetro y el solio de Zeus, el tridente de Neptuno, el trono del Sueño, la corona de Ariadna, una flecha para Apolo que despues de dar en el blanco volvía á la mano que la disparara, los trípodes en que se sentaban los dioses, y tambien el vasto alcázar del Olimpo fabricado de acero, cobre, plata y oro; cada dios tenía en él esplendente morada; las bóvedas brillaban con las piedras preciosas en ellas engastadas, y en las paredes bruñidas se reflejaban cual en un espejo los objetos. Para resistir á la audaz acometida de los Titanes forjó Hefestos el rayo con que se armó la irresistible diestra del Padre de los Dioses; en la guerra de los Gigantes Hefestos derribó á Clicio al golpe de su maza de candente hierro; él, por órden de Júpiter, clavó á Prometeo en una peña del Cáucaso; al golpe de su martillo saltó de la cabeza de Júpiter la Minerva armada. Hefestos ó Vulcano inspiró á Dédalo sus invenciones, asistió á las brillantes bodas de Tetis y Peleo, combatió en la *Iliada*, conforme hemos visto, contra el Simois y el Xanto á favor de los Griegos, fabricó el famoso yelmo de Pluton que hacia invisible al que lo usaba, el cetro de Agamenon, el collar de Hermione hija de Marte y Vénus, funesto á cuantos lo usaron, ya que lo labró Hefestos para vengarse en la hija de la infidelidad de la madre, y fué el dios en una palabra y más que todo el divino artista creador de cuanto bello y esplendente se hallaba en la region del cielo. A tenor de esta primitiva idea, repetimos, no estaba en la tierra la residencia de Hefestos y era el Olimpo principal teatro de su perfecta industria.

Tiempo despues las fraguas de Vulcano fueron trasladadas á Lemnos, cuyo volcan, muy activo en las épocas primitivas, no se apagó al parecer hasta el tiempo de Alejandro; en la misma comarca, que fué la predilecta de Hefestos, moraban los bárbaros Sintios, en los que quizas haya de verse más que un pueblo real conforme creian los antiguos, séres míticos análogos á los que eran ordinarios compañeros del dios. Allí tuvo éste por amigo ó por maestro en el arte de forjar á Kedalion (la antorcha), y por hijos á los Cabiros, de que despues hablarémos, genios del fuego subterráneo y de los trabajos metalúrgicos. Al pié del volcan llamado Mosychlos elevóse á Hefestos su más antiguo templo, en el mismo sitio en que, á creer á Esquilo, robó Prometeo el celeste fuego.

El culto que á este elemento se tributaba en Lemnos, del cual son testimonio, ademas de este nombre, las medallas de la ciudad llamada Hefestias, está tambien atestiguado por una singular costumbre: cada año en época determinada apagábase el fuego en todas las casas de la isla por espacio de nueve dias, y no se encendia otra vez hasta la llegada de la nave sagrada de Delos trayendo el nuevo fuego, el cual era recibido con gran fiesta; comunicado en seguida de hogar en hogar, era considerado como símbolo de nueva existencia. Costumbre era esta que indicaba las relaciones que enlazaban la religion del dios del fuego con la de Apolo, el dios solar, y en ella vése claramente expresado, dice Preller, igual idea que en el mito de Prometeo, esto es que el fuego terrestre se deriva del que arde en el cielo; que éste queda profanado al ser aplicado á las necesidades de la vida humana, y que únicamente recobra su pureza por medio de ceremonias expiatorias y restableciéndolo en su primitivo orígen.

En aquella isla, pues, existían en los postreros tiempos de la MITOLOGÍA clásica las portentosas fraguas y allí las coloca Virgilio en su inmortal poema al fabricar las armas que habían de dar á su héroe Eneas la victoria sobre sus enemigos.

«Cae en tanto la noche, y con sus negras alas rodea á la tierra, miéntras que Vénus, aterrada á la vista de los peligros que á su hijo amenazan, habla así á su esposo Vulcano en el áureo tálamo, y con sus palabras le inflama en divino amor:—Cuando los reyes griegos asolaban con la guerra á Troya, predestinada á perecer en sus manos, y combatían aquellas torres, predestinadas tambien á las llamas enemigas, ningun auxilio te pedí para los míseros Troyanos, nunca imploré las armas que sabes forjar con divino arte, ni quise, caro esposo, exigir de tí un trabajo inútil, aunque debía mucho á los hijos de Príamo y muchas veces lloraba los duros infortunios de Eneas. Ahora, por mandato de Júpiter, ha ido á parar éste á las playas de los Rútulos, y acudo suplicante á implorar tu númen sagrado para mí; madre, vengo á pedirte armas para mi hijo. La hija de Nereo logró con sus lágrimas moverte á piedad; mira cuantos pueblos se conjuran, qué de ciudades cierran sus puertas y afilan sus espadas contra mí y para destruccion de los mios.

«Dijo, y con sus nevados brazos ciñe blandamente al esposo... Vencido este de amor, le responde así:—¿Para qué buscas tan léjos tus razones? ¿Qué se hizo ¡oh diosa! la confianza que solías tener en mí? Si ántes me hubieses manifestado ese deseo, ántes habría yo provisto de armas á los Troyanos; ni el padre omnipotente ni los hados se oponían á que áun estuviera Troya en pié, ni á que Príamo hubiese resistido otros diez años. Y ahora, si te aprestas á guerrear y tal es tu voluntad, dispon de todo aquello á que alcanza mi arte, de cuanto pueden hacer el hierro y el electro fundido, de cuanto alcanzan el fuego y el aire; deja de poner en duda con esos ruegos el poder de tus fuerzas.—Dicho esto, disfrutó en el regazo de su esposa las dulzuras de regalado reposo.

»Luego, cuando la noche en mitad de su carrera ahuyenta el primer sueño, á la hora en que la matrona, forzada de la necesidad á ganarse su vida con la rueca y con las delicadas labores de Minerva, aviva las cenizas y las amortiguadas ascuas, tomando para el trabajo parte de la noche, y á la luz de la lámpara ejercita á sus criadas en una larga tarea con lo que conserva la castidad del tálamo conyugal y atiende á la crianza de sus hijuelos, el dios ignipotente, no de otra suerte ni más perezoso, deja tambien á aquella hora el blando lecho y se encamina á sus fraguas. Entre la costa de Sicilia y la eolia Lípara se alza una isla erizada de humeantes

Fig. 459. — Vénus y Vulcano. (Cuadro de Julio Romano, museo del Louvre).

lomas, debajo de las que muchas cavernas, semejantes á las del Etna, corroidas por los hornos de los Cíclopes, retumban con los recios martillazos dados en los yunques, difundiendo por los ecos roncos gemidos; rechina á todas horas en aquellas cuevas el derretido metal de los Calibes, y jadea sin cesar el fuego en las fraguas. Allí está el palacio de Vulcano, de cuyo nombre ha recibido aquella tierra el de Vulcania, y allí descendió el ignipotente desde el alto cielo en ocasion en que estaban forjando hierro en la vasta caverna los cíclopes Brontes, Esteropes y Piracmon, desnudo el cuerpo. Informe y en desbaste todavía, labraban sus manos uno de los innumerables rayos que el poderoso Júpiter lanza á la tierra. Para forjarle habían mezclado tres rayos de granizo, tres de rutilante fuego y tres del alado austro; á la sazon estaban añadiendo á la obra los horribles resplandores, el estrépito y el miedo y el furor de las perseguidoras llamas. En otra parte trabajaban con afan en concluir un carro y unas veloces ruedas para Marte, con que concita á la guerra á hombres y ciudades. Otros á porfía estaban exornando con escamas de serpientes y oro una aterradora égida, arma de la furiosa Palas; en ella esculpían entrelazadas sierpes, y en la parte que había de cubrir el pecho de la diosa representaban la cabeza de la Gorgona revolviendo los ojos de espantosa manera.—Dejadlo todo, dijo el dios; quitad de ahí las obras comenzadas, Cíclopes del Etna, y poned atencion en lo que voy á decir. Teneis que forjar armas para un valeroso guerrero; aquí de todas vuestras fuerzas, aquí de la rapidez de vuestras manos, aquí de toda vuestra maestría. ¡A la obra y pronto!—No dijo más, y todos al punto se inclinaron sobre

Fig. 460. — Vénus y Vulcano. (De una piedra grabada antigua).

los yunques y se distribuyeron con igualdad la tarea. Ya corren, formando líquidos arroyos, el bronce y el oro; en la inmensa fragua se derrite el matador acero, y con ello forman un gran escudo, compuesto de siete discos, trabados unos con otros, bastante á contrastar él solo todos los dardos de los Latinos. Unos con los hinchados fuelles absorben y arrojan el aire; otros templan en el agua de un lago el rechinante metal, y gime la caverna con el estruendo de los martillados yunques. Los divinos operarios levantan los brazos alternativamente y á compas con poderoso empuje, y con la recia tenaza voltean el amasado hierro...

»La diosa Vénus se aparece resplandeciente sobre las etéreas nubes trayendo el don prometido á su hijo, al cual, tan luego como le vió de léjos, retraido en estrecho valle, á la márgen de un fresco rio, habla así, poniéndosele

delante:—Aquí tienes el don que te ofrecí, labrado por arte de mi esposo...—Y dejó al pié de una encina, junto á él, las radiantes armas. Alborozado con tan alta honra y con el don de la diosa, no se harta Eneas de mirarlas, y lleno de asombro examina cada prenda una por una. Coge y revuelve en sus manos el terrible y penachudo yelmo que vibra llamas, la mortífera espada, la recia loriga de bronce, roja como la sangre, enorme, semejante á la cerúlea nube que inflamada por los rayos del sol esparce á lo léjos sus resplandores; luego contempla los ligeros borceguíes de plata y oro, y la lanza, y la maravillosa obra del escudo.

»En él el dios ignipotente, sabedor del destino reservado á las edades futuras, había representado toda la historia de Italia y los triunfos de los Romanos; en él se veía todo el futuro linaje de Ascanio y la série de sus grandes batallas. Allí, en la verde cueva de Marte, había grabado el dios, tendida en el suelo, la parida loba, de cuyas ubres pendían dos mellizos, jugueteando y mamando impávidos á su madre, la cual, inclinada sobre ellos la roja cerviz, los acariciaba sucesivamente, y con la lengua los aseaba y pulía. Estaban representadas las Sabinas al ser indignamente arrebatadas de sus asientos en el anfiteatro en medio de los grandes juegos del circo, de donde se originó de súbito una nueva guerra entre la gente de Rómulo y el viejo Tacio y los austeros curites. Veíase, ajustada ya la paz, á los dos reyes armados delante del altar de Júpiter con sendas copas en las manos pactando alianza despues de haber inmolado una cerda. No léjos de allí, vigorosa cuádriga descuartizaba, por mandato de Tulo á Mecia (hubieras sido fiel á tus palabras ¡oh Albano!), y desgarrando en los abrojos las entrañas del falsario, regaban con su sangre los caminos. Más allá exigía Pórsena de los Romanos que resistiesen al expulsado Tarquino, y acosaba á la ciudad con estrecho cerco miéntras los descendientes de Eneas se lanzaban á las espadas en defensa de su libertad. Mirábase á Pórsena, amenazador, indignado de que Cócles hubiese osado cortar el puente, y de que Clelia, rotas sus prisiones, cruzase el rio á nado. En pié, sobre la cúspide de la roca Tarpeya, Manlio defendía el templo y el excelso Capitolio; tosca techumbre de bálago cubre el palacio de Rómulo, recien construido. Un blanco ánade, revoloteando por entre los dorados pórticos, anunciaba con su canto que los Galos estaban ya á las puertas de Roma. Llegaban éstos, en efecto, por entre las malezas, y ya ocupaban el alcázar, amparados por las tinieblas de una oscura noche; distinguíanse por sus doradas cabelleras, por sus arreos recamados de oro y sus listados sayos; de sus cuellos, blancos como la leche, pendían collares de oro; cada uno blandía dos venablos de madera de los Alpes, y cubría todo su cuerpo con prolongado escudo. Allí se veían grabados los saltadores Salios, los Lupercos desnudos, los Flámines con sus penachos de lana y los broqueles caidos del cielo; las castas matronas llevaban en andas por la ciudad los objetos sagrados. Más léjos estaban representadas las mansiones tartáreas, las profundas bocas de Dite y los castigos de los crímenes, y tú ¡oh Catilina! colgado de puntiagudo escollo y temblroso ante la faz de las Furias. En apartado sitio se veían los varones piadosos y á Caton dictándoles leyes, extendiéndose entre estas imágenes la del hinchado mar, cuyas olas de oro, coronadas de blanca espuma, surcaban delfines de plata que formaban raudos giros y las batían con sus colas. En medio se veían dos armadas de ferradas proas y la batalla de Accio: toda la costa de Leucate bullía con el bélico aparato que se reflejaba en las olas de oro. De un lado se vé á César Augusto, de pié en la más alta popa, capitaneando á los Italos, con los padres de la patria, el pueblo, los penates y los grandes dioses; de sus fúlgidas sienes brotan dos llamas y sobre su cabeza centellea la estrella de su padre. En otra parte Agripa, favorecido por los vientos y los dioses, acaudillando altanero su gente, ceñía sus sienes con la corona rostral, soberbia insignia guerrera. En la opuesta banda Antonio, ostentando bárbara pompa y cien variadas huestes, vencedor de los pueblos de la Aurora y de los que moran en las riberas del mar Rojo, traía consigo el Egipto, las fuerzas del Oriente y los remotos Báctrios, y le seguía ¡oh baldon! una consorte egipcia. Trábase la lid, á la que se precipitan todos á un tiempo; el Ponto entero, batido por los remos y las ferradas proas de tres puntas, se cubre de espuma. Dirigiéronse á alta mar, y no parecía sino que desencajadas las Cícladas iban flotando por las aguas, ó que se estrellaban unos contra otros los altos montes, tal fué el recio ímpetu con que chocaron entre sí las huestes desde las torreadas naves. Vuelan las estopas encendidas, arrojadas á mano, y el hierro volador de los dardos; una matanza nunca vista enrojece los campos de Neptuno. En medio de la pelea concita la Reina á sus huestes con los sonidos del sistro patrio, y no vé á su espalda las dos serpientes que la amenazan. Todo linaje de monstruosas divinidades y el ladrador Anubis hacen armas contra Neptuno, Vénus y Minerva; en el lugar do era la lid más encendida vése esculpido en el hierro á Marte, ciego de ira, y á su alrededor vagan por el éter las tristes Furias; alborozada la Discordia va entre ellas con el manto desgarrado, y Belona la sigue esgrimiendo su sangriento látigo.

»Apolo, protector de Accio, que esto mira desde las alturas, dispara su arco, y á sus tiros vuelven aterrados la espalda el Egipto, los Indios, los Arabes y los Sabeos; la Reina, despues de invocar á los vientos, dáse á la vela y afloja á toda prisa y á más no poder las jarcias de sus naves, representándola el ignipotente pálida ya por su próxima muerte, fugitiva en medio del estrago, á impulso de las olas y del céfiro. En frente de ella la grande imágen del Nilo, llorando y abriendo sus siete bocas, desplegando sus anchas vestiduras, llamaba á los vencidos á su cerúleo regazo, á los recónditos abismos de sus corrientes. Más allá, César, llevado en triple triunfo á las murallas de Roma, consagraba en toda la ciudad, cual voto inmortal á los dioses de Italia, trescientos magníficos templos. Hervía en las calles alborozada muchedumbre, llenábanlas juegos y aplausos; en todos los templos resonaban los coros de las matronas y se alzaban aras, y delante de todas ellas cubrían el suelo inmolados novillos. Sentado en los marmóreos umbrales del espléndido templo de Febo, examina César las ofrendas de los pueblos y las suspende de las soberbias puertas; van pasando en larga fila las naciones vencidas, tan diferentes en trajes y armas como en lenguas. Aquí había representado Vulcano la raza de los Nómadas y los desceñidos Africanos; allí los Lélegas, los Carios y los Gelonios, armados de saetas. Veíanse á un lado el Eufrates, arrastrando su corriente ya más amansada, y los Morinos, que pueblan los confines de la tierra, y el bicorne Reno, y los indómitos Dahos, y el Arajes que sufre indignado el puente que le oprime.

»Todas estas cosas contempla maravillado Eneas en el escudo de Vulcano, don de su madre, y regocijándose con la vista de aquellas imágenes, cuyo sentido ignora, échase al hombro la fama y los hados de sus descendientes.» (Virgilio).

En la época de los primeros establecimientos griegos en Sicilia, Hefestos tuvo tambien por morada y taller la inmensa hoguera del Etna, donde le ayudan en sus maravillosos trabajos de forjador los Cíclopes, antiguos genios del rayo y del trueno, que poco á poco experimentaron igual metamorfósis que el dios y fueron en la fragua sus inseparables compañeros.

Cuando así eran considerados los míticos personajes que ántes hemos visto divagar por los montes llevando salvaje existencia, tenían su morada en lo profundo de los volcanes, no siendo en este último caso séres ménos espantosos que en el primero. Con un solo ojo circular en mitad de la frente, la expresion de horrible ferocidad que tenía su rostro adquiría aún terrífico realce al rojizo resplandor de sus ardientes fraguas. Una vez que Diana quiso poseer un carcaj, un arco y flechas dignas de su divino carácter dirigióse al alcázar de Vulcano, á quien encontró en el trabajo rodeado de los cíclopes, sus auxiliares. «A la vista de aquellos gigantes semejantes á montañas, de cuyo único ojo sombreado por larga y espesa ceja, salían siniestras y amenazadoras miradas, perdieron las ninfas la color. Unos hacían silbar vastos fuelles; otros, alzando alternativamente y con esfuerzo sus pesados martillos, herían con fuertes golpes el hierro que sacaban ardiente de la fragua. Con ellos gemía el yunque, conmovíanse el Etna y la Sicilia, resonaban en Italia, y hasta Córcega llegaba su estruendo. A su terrible aspecto, á tan horrendo estrépito, asústanse las hijas del Oceano... susto perdonable, ya que hasta las hijas de los dioses no pueden en su infancia ver sin miedo á esos gigantes. Cuando se obstinan en no obedecer, fingen sus madres llamar á Arges ó á Steropes; entónces acude Mercurio con el rostro pintarrajado de ceniza y humo, cual los Cíclopes, y el infante asustado, cubriéndose con ámbas manos la cara, corre á refugiarse tembloroso en el maternal regazo.» (Calímaco).

Los gigantescos cíclopes fueron para la popular fantasía el prototipo de los trabajadores. En Corinto, donde tenían un templo y se les hacían sacrificios, eran tenidos por inventores de la arquitectura; á ellos se atribuían cuantas obras tenían remoto é ignorado orígen, como sucedía con los muros de Tirinto y de Micenas y con otros varios monumentos. El arte los pintó desnudos, cubiertos de sudor y ennegrecidos por el humo.

En el Etna, pues, residió tambien Hefestos, y la fábula lo representó en la cumbre del volcánico monte; allí era el custodio de Tifon, cuyo cuerpo gigantesco estaba encarcelado bajo la inmensa mole y sobre su cabeza afianzaba el dios los enormes yunques en que forjaba el candente metal. Varios cuentos populares, difundidos sin duda mucho ántes de llegar los Griegos á la region del Etna, teniendo muy notables analogías con los de la mitología germánica, celebraban el poder terrible del volcan y los misteriosos trabajos de transformacion que en aquellos antros se operaban.

Siendo Hefestos el forjador divino por excelencia hubieron de atribuirle los Griegos la invencion del trabajo de los metales del cual es el fuego indispensable elemento, y aunque el mito del fuego robado á la mansion celeste sea peculiar de la leyenda de Prometeo y no se halle en la de este dios, parece indudable que las carreras con antorchas que formaban principal parte de sus fiestas lo mismo que de las del Titan, debíanse á la tradicion de aquella idea desaparecida de la poesía popular. Los textos homéricos dicen de Hefestos haber sido el dios que enseñó á los hombres las artes metalúrgicas. «Ha enseñado á fabricar hermosas obras á los mortales que hasta entónces habían habitado en cuevas en las laderas de los montes, al igual que fieras.» (Himno). Hefestos es por lo tanto, á semejanza de Prometeo, un guia, un maestro de la familia humana: imágen del fuego que es en la tierra gran elemento de cultura, base y punto de partida de los adelantos todos.

Y hay más aún: á Hefestos correspondía en la mitología griega una potestad mayor que todo eso; su talento no se limitaba á transformar los metales en artísticas y admirables obras, sino que sabía comunicar á los trabajos de sus manos movimiento y vida. Autor y creador de séres animados, á él fueron debidos los perros de oro del rey Alcinoo y los toros de bronce de Aetes que lanzaban llamas; en su olímpica mansion admira Tetis no sólo autómatas de singular mecanismo, sino tambien á unas vírgenes de oro, esclavas del dios «semejantes en todo á doncellas con vida,» dotadas de juicio, voz y movimiento. Quizas, dicen los mitólogos naturalistas, se explican esas y las demas creaciones maravillosas por el espectáculo

de las movedizas nubes que en el cielo, iluminado por el fuego solar, toman á menudo formas de extraños animales, de fantásticos séres. Hasta á la familia humana se extendía la fuerza creatriz de Hefestos: así como Prometeo formó el primer hombre, creó él la primera mujer, á Pandora. Por mandato de Zeus, el divino artífice amasó con agua un poco de tierra y formó una estatua, á la que dotó con voz humana y con fuerza vital. Por Afrodita será Pandora embellecida con las gracias todas y todos los encantos; pero Hefestos fué quien la modeló y le comunicó vida. Tradicion notable que parece indicar ser considerada el alma humana como una fuerza ígnea, como una centella divina.

El nombre de esta divinidad fué en Italia VOLCANUS en los primeros tiempos; la forma de VULCANUS no se presenta hasta época más reciente, sin que á una ni á otra se les haya hallado etimología satisfactoria. El nombre de MULCIBER que el dios llevaba al ser adorado como divino forjador es de más fácil explicacion y se le hace derivar de *mulcere,* en cuanto él es quien ablandaba los duros metales para hacerlos propios á los usos humanos. Los Etruscos le llamaban *Setlhans,* nombre que tiene alguna analogía con el antiguo de Lemnos, que igualmente se daba á la isla de Elba, muy fecunda en minas de hierro y cobre.

En las antiguas fábulas italianas, á semejanza de las helénicas, pintóse á Vulcano ora como un dios destructor, ora como divinidad benéfica; algunas veces como dios que anima y crea, otras, confundiéndolo con Vesta, como divinidad del doméstico hogar. Así es como en la leyenda de Prenesta tiénese á Cœculo, fundador de la ciudad, por hijo del dios del fuego, hallado junto al hogar de la ciudad. Segun la leyenda latina y romana, Servio Tulio fué tambien hijo de Vulcano, y de él decíase haberse aparecido en la llama del hogar como Lare familiar del palacio de los Tarquinos. Durante su sueño veíase brillar esplendente luz alrededor de su cabeza.

Como divinidad benéfica y fecundante era Vulcano esposo de la antigua diosa latina MAIA, adorada en Roma con el nombre de MAIA VOLCANI, á la que en 1.° de mayo el flámen de Vulcano ofrecía un sacrificio. Tal alianza correspondía á la de Hefestos y Afrodita, y si ésta era famosa en Grecia no era aquella ménos popular entre los Romanos; Horacio la cita en sus odas.

Entre los sitios consagrados en Roma al dios del fuego hay que hacer especial mencion del antiquísimo *Volcani* del *Comitium,* consiste en una especie de hogar público á semejanza del que existía en Prenesta; no era un templo sino una sencilla plataforma levantada en los comicios, y tenía para la ciudad y el Estado muy especial importancia como que recordaba la alianza entre Romanos y Sabinos y tambien la tradicion no ménos antigua de las públicas asambleas. Allí habíanse verificado las entrevistas de Rómulo y Tacio; allí se reunían para deliberar quirites y patricios. El Volcanal era, pues, el hogar consagrado del *Comitium;* á lo que se decía habíalo fundado Rómulo, erigiendo en él una cuádriga de bronce como monumento de sus triunfos. Allí había crecido un loto que vivió hasta la época de Plinio y tenía fama de ser tan antiguo como la ciudad. Despues de Rómulo fué otra vez el Volcanal teatro de una pacífica reconciliacion cuando Cn. Flavio, el mismo que publicó los Fastos, elevó allí un altar en memoria de la amistad restablecida entre patricios y plebeyos.

FIG. 461. — Romano en el acto del sacrificio.

Otras veces era Vulcano el dios devorante, la divinidad del elemento ávido destructor, y se le consideraba ora como aquel á quien estaba consagrado todo lo que ha de ser quemado, ora como la potestad imperante sobre el fuego, pudiendo por lo mismo preservar de sus horrores. En el primer sentido teníase generalmente por un dios de la guerra á causa de la antigua costumbre de quemar en el mismo campo de batalla una parte del botin; y en el segundo se invocaba su proteccion contra el incendio, y poníanse las casas bajo su amparo, inscribiendo en las paredes toda clase de fórmulas. La Etruria con sus supersticiones hubo de ejercer gran influjo en toda esta parte del culto de Vulcano.

Junto á él venerábase en Roma una diosa por nombre STATA MATER (de *stare),* preservadora de fuegos, protectora de las plazas y calles, cuyo poder atajaba el incendio y libraba las casas de sus estragos. En el Foro, luego de haber sido aquella plaza embaldosada por Cotta, vióse la primera imágen de esta diosa; tiempo despues Augusto puso á su lado la de Vulcano, y lo propio se practicó en otros puntos de Roma y en diferentes ciudades.

Por tenerse á Vulcano por dios de los incendios, los templos á él erigidos solían levantarse fuera de las poblaciones; el único que en Roma le estaba consagrado se elevaba en el Campo de Marte en las inmediaciones del circo de Flaminio.

Por el contrario eran varios los que tenía Hefestos en las ciudades griegas, y su culto llegó hasta Menfis, donde daba fama á su magnífico templo la estatua colosal del dios de setenta y cinco piés de altura en el vestíbulo erigida. Atenas se distinguía por la pompa con que celebraba sus fiestas por nombre *Ceramicias* ó *Hefestinas,* de las que formaban parte carreras llamadas *Lampadóforas;* los aspirantes al premio llevaban en la mano una antorcha encendida y se proponían llegar corriendo con ella hasta el punto designado, procurando apagar al paso las de sus competidores. Aquellos que no podían ó no sabían impedirlo cedían la antorcha al que se la apagara, y se retiraban de la lucha.

En Roma la fiesta principal de Vulcano se celebraba el dia 23 del caluroso agosto. Durante ella, siguiendo muy antigua costumbre, cada padre de familia en nombre

FIG. 462. — Suovetaurilia.

de los suyos arrojaba algunos arenques, á lo que se cree en representacion de almas humanas, á la llama del hogar doméstico. Tales víctimas proporcionábanlas los pescadores del Tiber, no en el ordinario mercado de pescado, sino en la plaza que se extendía delante del templo de Vulcano, en el campo de Marte. La ciudad les recompensaba el servicio haciendo celebrar anualmente el dia 7 de junio por el pretor urbano juegos especiales *(ludi piscatorii)* para la corporacion de los pescadores. «En aquel dia, bien me acuerdo, he presenciado animados juegos en el césped del Campo de Marte; éralo de fiesta y alborozo para los que tiran de mojadas redes, lo mismo que para aquellos que esconden entre el cebo el encorvado hierro del anzuelo.» (OVIDIO).

Los juegos consagrados á Vulcano *(Volcanalia)* celebrábanse en Roma y en Ostia, donde los presidía un pretor especial. Otra fiesta tenía el dios en 23 de mayo para la purificacion de las trompetas destinadas al culto *(tubilustrium)* y de cuantos instrumentos de metal eran al propio uso destinados. «Purifícanse aquel dia, dice Ovidio, las trompetas fabricadas por el dios.» Vulcano era, pues, festejado en su calidad de forjador celeste, como divino artífice. Era costumbre sacrificarle un carnero, y ocasiones hubo en que se le consagró el sacrificio llamado *Suovetaurilia,* consistente, conforme llevamos explicado, en la inmolacion de un toro, un carnero y un cerdo. Las víctimas á esa divinidad sacrificadas eran consumidas todas por el fuego sin reservar parte alguna para el sagrado festin.

Las *volcanales* duraban ocho dias; como en las Hefestias de Atenas disputábase en ellas el premio de la carrera de antorchas; iluminábanse las calles, y en varios puntos se encendían hogueras á las que eran arrojados diferentes animales, con lo cual se creía alcanzar el favor de Vulcano. En el Circo Máximo se celebraban carreras de carros, combates de gladiadores y las demas diversiones de que tan ávido se mostraba el pueblo de la capital del mundo.

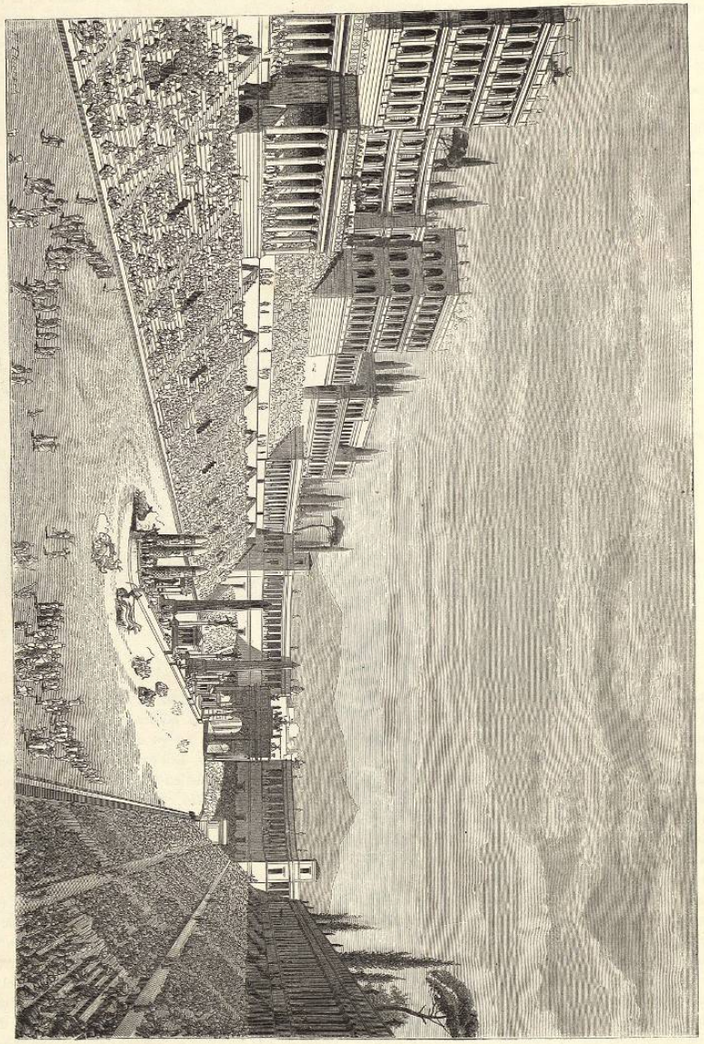

Fig. 463. — Circo máximo.

Custodios de sus templos eran perros, y el leon le estaba especialmente consagrado, á causa, dicen los autores, de que al rugir parece lanzar fuego por la boca.

En la *Antología* griega se ha conservado la siguiente leyenda votiva de un herrero á Hefestos:

«Apartad de la fragua el martillo, las tijeras y las tenazas, pues es ofrenda que Polícrates dedica á Hefestos. Descargando en el yunque redoblados martillazos ha sido como ha hallado para sus hijos unos bienes que alejará de ellos la triste miseria.»

El antropomorfismo homérico representó á Hefestos en figura de un hombre robusto, en todo el vigor de la vida, de barbudo rostro, de robustos brazos y velludo pecho, y este modelo adoptaron los artistas griegos. La deformidad tradicional del dios era para el arte una dificultad, y algunos la suprimieron; otros en cambio lograron expresarla sin que su obra se resintiese de ello. «Cuantos visitan á Atenas admiran la estatua de Vulcano debida al cincel de Alcamenes; entre las muchas perfecciones que la recomiendan es de celebrar la habilidad con que el artista deja entrever la cojera del dios bajo el mismo manto que sirve para ocultar la imperfeccion; se conoce que no ha querido afear á Vulcano con un defecto, sino imprimirle como la señal distintiva de la divinidad

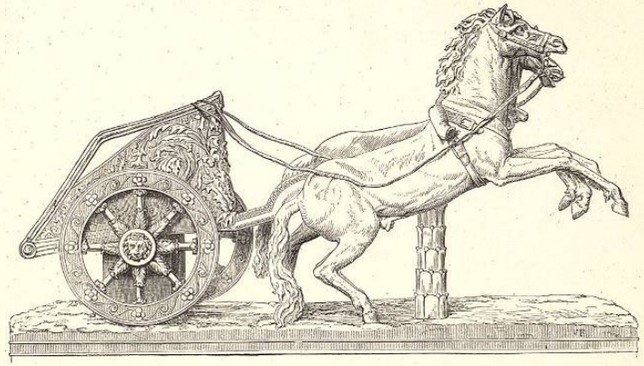

Fig. 464. — Carro romano para carreras.

del fuego.» (Valerio Máximo). La figura del dios que en los tiempos primitivos tuvo al parecer las formas de un jóven enano y contrahecho, como que era objeto de constante burla por parte de los inmortales, y despues las de un hombre ya maduro, ofrece pocas variantes en los escasos monumentos que hasta nosotros han llegado. Hefestos ó Vulcano es en todos el prototipo herrero ó forjador, indicándolo así su traje y atributos. Lleva en la cabeza el gorro de forma oval, originario sin duda de Lemnos, que le es comun con los Dioscuros y los Cabiros. Su túnica es el *exomis* de los trabajadores, túnica corta, sin mangas, abierta por el lado derecho dejando en descubierto el hombro, el brazo y una parte del pecho. Tiene en las manos el martillo y las tenazas. Estos pormenores sufren ligeras modificaciones en la representacion de las escenas mitológicas en que Hefestos tiene parte.

Tambien acerca de esta divinidad dió su interpretacion histórica ó humana la escuela de Evhemero. Para los autores que la siguen Hefestos ó Vulcano fué un príncipe muy entendido en el arte de forjar el hierro; el fuego que tan bien empleara, la utilidad de las fraguas por él establecidas fueron causa de que los pueblos agradecidos le erigieran altares. De los Cíclopes dicen que al atribuirles un solo ojo circular en mitad de la frente provino del casco y de la visera que usaban á fin de preservar cabeza y rostro de la llama: para ver tenia aquella un agujero, al igual de la celada de los siglos medios.